

brino. Sir Guillermo Murrey, aunque herido de mucha gravedad, no lo estaba mortalmente. Así es que lo veremos reaparecer más adelante.

III

TRES NIÑOS

Como es de suponer, los ingleses, no por haber perdido cuatro buques renunciaron a sus proyectos sobre la isla de Francia; al contrario, ahora tenían que hacer una nueva conquista y vengar una derrota. Así, no tres meses después de los acontecimientos que acabamos de referir, se trabó en Puerto Luis, esto es, en un punto diametralmente opuesto al en que se librara el primer combate, otro no menos encarnizado, pero de consecuencias muy distintas. Ahora las fuerzas enemigas no se componían de cuatro buques y 1,800 hombres, sino de doce fragatas, ocho corbetas y cincuenta transportes que desembarcaron en la costa 25,000 hombres que avanzaron hacia Puerto Luis, apellidado entonces Puerto Napoleón. No es de admirar, pues, que la capital de la isla, en el momento de ser atacada por tales fuerzas, presentase un espectáculo indescriptible. En todas partes la muchedumbre, procedente de los diferentes pueblos de la isla y apiñada en las calles, manifestaba la más honda agitación, y como ninguno conocía el peligro real, cada cual creaba uno imaginario, siendo los más exagerados y los más inauditos los que el pueblo acogía como los más verdaderos. De vez en cuando apa-

recía improvisamente algún edecán del general gobernador, y lanzaba a la muchedumbre una proclama destinada a despertar el odio que los nacionales profesaban a los ingleses, y a exaltar su patriotismo. A su lectura, los milicianos levantaban sus sombreros al extremo de sus bayonetas, y de todas las bocas partían vivas al emperador y protestas de vencer o morir; el entusiasmo cundía entre la muchedumbre, que pasaba de una inmovilidad ruidosa a un movimiento frenético, y se desparramaba en todas direcciones pidiendo marchar contra el enemigo. Con todo eso el verdadero punto de cita era la plaza de Armas, esto es, el centro de la ciudad, adonde afluían ora un arcón llevado al galope por dos pequeños caballos de Timor o de Pegú, ya un cañón arrastrado a paso de carga por algunos artilleros de la milicia, jóvenes de quince a diez y ocho años, a quienes la pólvora que les ennegrecía el rostro hacia las veces de barba. Allí era adonde se encaminaban los guardias cívicos en traje de campaña, los voluntarios vestidos cada cual a su capricho y con sendas bayonetas añadidas a sus escopetas, un tropel de negros ataviados con trozos de uniforme y armados de carabinas, sables y lanzas, entretejiéndose unos entre otros, chocando, cruzándose, derribándose y contribuyendo cada uno por su parte al zumbido, al espantable runrún que partía de la ciudad como el ruido de innumerable enjambre de abejas parte de inconmensurable colmena. Con todo eso, una vez en la plaza de Armas, aquellos hombres, que corrían aislados o por grupos, tomaban un aspecto más regular y un paso más sosegado. Es que en la plaza de Armas y aguardando la orden de marchar contra el enemigo, estaba la mitad de la guarnición de la isla, compuesta de tropas

de línea, y formando un contingente de 1,500 a 1,800 hombres, cuya actitud, a la vez altiva e indolente, era un reproche tácito al ruido y confusión de los que, menos familiarizados con los espectáculos guerreros, alentaban, sin embargo, el valor y la buena voluntad de tomar parte en ellos; de ahí que mientras los negros se apiñaban revueltos en la extremidad de la plaza, un regimiento de voluntarios, disciplinándose de suyo en presencia de la disciplina militar, se detuvo frente a la tropa y formó en el mismo orden que ella, esforzándose, aunque en vano, en imitar la regularidad de sus líneas. El que parecía jefe de los voluntarios y que, en su elogio sea dicho, se deshacía para conseguir el resultado que acabamos de indicar, era hombre de cuarenta a cuarenta y cinco años, ostentaba charreteras de jefe de batallón, y estaba dotado por la naturaleza con una de esas fisonomías vulgarísimas a las cuales ninguna emoción consigue dar lo que en términos de arte se llama carácter. Eso sí, iba rizado él, afeitado, de veinticinco alfileres como para una parada; pero de tiempo en tiempo desahía una presilla de su levita, al principio, abrochada de arriba abajo y que, abriéndose poco a poco, dejaba al descubierto un chaleco de piqué, una camisa con chorrera, y una corbata blanca con picos bordados. Junto a él y con la soltura de quien está acostumbrado a vestir bien, un hermoso niño de doce años, al cual a pocos pasos esperaba un criado negro con blusa y pantalones de cotón, ostentaba un enorme cuello de camisa festoneado, chaqueta de camelote verde con botones de plata y sombrero de castor gris adornado con una pluma. El muchacho llevaba pendiente del cinto, con su portapliego, la vaina de un pequeño sable, del que empuñaba la hoja

con la diestra, y ponía todo su conato en imitar la marcial apostura del oficial a quien de cuando en cuando y en voz muy alta cuidaba de llamar «Padre», apelativo de que el jefe del batallón parecía estar no menos satisfecho que del eminente puesto que ocupaba en la milicia nacional, adonde lo elevara la confianza de sus conciudadanos. A poca distancia de aquel satisfecho grupo, había otro, si menos ostentoso, indudablemente más notable: componíanlo un hombre de cuarenta y cinco a cuarenta y ocho años y dos niños de catorce y doce respectivamente. El hombre era alto, delgado, huesudo, algo encorvado, no por el peso de la edad, pues va dicho que a lo sumo tenía cuarenta y ocho años, sino por la humildad de un estado social secundario. Con efecto, en su piel cobrefía y en sus ligeramente encrespados cabellos, echábase de ver inmediatamente que era uno de tantos mulatos como hay en las colonias, mulatos cuyas riquezas, a menudo colosales, adquiridas con su industria, no son poderosas a que se les perdone el color. El tal vestía con rica sencillez, empuñaba una carabina con incrustaciones de oro, armada con larga y aguzada bayoneta, y llevaba al cinto un sable de coracero que le colgaba a lo largo del muslo como una espada, gracias a su alta estatura. Además, prescindiendo de los que henchían su cartuchera, sus bolsillos rebosaban de cartuchos. El mayor de los dos niños que acompañaban a aquel hombre era, como hemos dicho, un corpulento mancebo de catorce años, a quien la costumbre de la caza, más que su origen africano, había ennegrecido la piel; gracias a su vida activa, pues, el muchacho era robusto como un mozo de diez y ocho años, razón por la cual obtuvo de su padre el tomar parte en la función de guerra

próxima a empeñarse. Iba, pues, el mancebo armado de una escopeta de dos cañones, la misma de que solía servirse en sus excursiones al través de la isla, y con la cual, pese a sus pocos años, se había conquistado una fama de buen tirador que le envidiaban los más renombrados cazadores. Por el pronto, empero, su edad real se sobreponía a su edad aparente; queremos decir que había dejado su escopeta en el suelo y jugaba con un gigantesco perro malgacho que, por su parte, parecía haber acudido a la plaza para el caso en que los ingleses hubiesen traído consigo algunos de sus alanos. El hermano del joven cazador, o si decimos el hijo segundo del hombre alto y de humilde aspecto, en una palabra, el que completaba el grupo que nos hemos propuesto describir, era un niño a quien le zumbaban los doce, pero cuya complexión delicada y endeble nada tenía de la elevada estatura de su padre, ni de la robustez de su hermano, que parecía haber absorbido él solo el vigor destinado a los dos; así es que, al contrario de Jacobo, que así se llamaba el mayor, Jorge aparentaba dos años menos de los que tenía realmente, de tal suerte la pequeñez de su cuerpo, su delgadez y su pálido y melancólico rostro, sombreado por largos y negros cabellos, denotaban la carencia de fuerza física tan común en las colonias; en cambio sus inquietos y perspicaces ojos revelaban una inteligencia tan ardiente, y, en el precoz fruncimiento de cejas que ya le era habitual, una reflexión tan viril y una voluntad tan firme, que no podía menos de llamar poderosamente la atención el ver reunidos en el mismo individuo tanta endeblez y tanta fortaleza. Como no iba armado, el niño estaba junto a su padre y estrechaba con toda la fuerza de su débil mano el

cañón de la hermosa carabina damasquinada, mientras con sus vivos e investigadores ojos miraba alternativamente a su padre y al jefe de batallón, e indudablemente se preguntaba para sí cómo era que su padre, dos veces más rico, fuerte y diestro que aquél, no ostentaba también una señal honorífica, una distinción particular.

Un negro con blusa y pantalones de tela azul, aguardaba el instante en que los hombres partiesen, para custodiar al niño de festoneado cuello mientras su padre y su hermano se encaminaban al lugar de la pelea.

Desde primera hora de la mañana se oía el roncar de la artillería del general Vandermaesen, que con la otra mitad de la guarnición había salido al encuentro de los ingleses para cerrarles el paso en los desfiladeros de la montaña Larga y en los vados de los ríos del Puente Rojo y de las Latanias. Efectivamente, Vandermaesen había hecho con tesón cara al enemigo; pero no queriendo comprometer de un solo golpe todas sus fuerzas, y, por otra parte, temiendo que el ataque fuese una falsa maniobra durante la cual los ingleses avanzasen por otro punto sobre Puerto Luis, se había limitado a llevarse consigo ochocientos hombres, dejando, como va dicho, para la defensa de la ciudad, el resto de la guarnición y los voluntarios. De esto se siguió que después de haber hecho prodigios de valor, su pequeña columna, que tenía que habérselas con cuatro mil ingleses y dos mil cipayos, vióse constreñida a replegarse sucesivamente de posición en posición, sosteniéndose con firmeza en cada desigualdad del terreno que momentáneamente le devolvía la ventaja; con todo eso, veíase obligada a ir retrocediendo, de modo que, desde la plaza de Armas, donde estaban las reservas, éstas, con

no divisar a los combatientes, podían calcular los progresos de los ingleses al cada vez más cercano ruido de la artillería, seguido a poco del traquido de los mosquetes. Sin embargo, el estampido de los cañones y de la fusilería, lejos de intimidar a los defensores de Puerto Luis condenados a la inacción en la plaza de Armas, aguijaba su valor; y tanto es así, que mientras los soldados de línea, esclavos de la ordenanza, se contentaban con morderse los labios o con renegar entre dientes, los voluntarios blandían sus armas maldiciendo en alta voz y dando a entender a gritos que si no les daban pronto la orden de ponerse en marcha, romperían filas y se irían a pelear como tiradores.

En esto se oyó taparapatán de tambores tocando generala, al tiempo que un ayudante de campo llegado a escape, sin entrar en la plaza agitaba su sombrero para hacer una señal de llamamiento, y gritaba desde lo alto de la calle: «¡A las trincheras! ¡el enemigo está aquí!» Dijo el edecán, y se volvió con la rapidez que viniera.

Redobló al punto el tambor de la tropa de línea, y los soldados, formando filas con la celeridad y la precisión del hábito, partieron a paso de carga.

Por mucho que los voluntarios quisieron rivalizar con la tropa de línea, no consiguieron ponerse en marcha con tanta rapidez, pues no sólo tardaron algunos minutos en formar filas, más también al emprender la marcha unos lo hicieron con el pie derecho y otros con el izquierdo, lo cual motivó una confusión que exigió un alto.

Interin, al ver un hueco en la tercera fila de voluntarios, el sujeto de aventajada estatura y carabina damasquinada besó a su hijo menor, y poniéndolo en brazos del negro de la blusa azul, tomó apresuradamente, con su hijo mayor, el

modesto sitio que la falsa maniobra ejecutada por los voluntarios había dejado vacante. Sin embargo, al ver que se les acercaban aquellos dos parias, sus vecinos de derecha e izquierda se apartaron, imprimiendo igual movimiento a sus propios vecinos, de modo que el hombre alto y su hijo quedaron convertidos en el centro de una circunferencia que iba alejándose de ellos, como se alejan del sitio en que ha caído una piedra los círculos del agua donde la han arrojado.

El grueso individuo con charreteras de jefe de batallón, que a duras penas acababa de restablecer la regularidad de su fila primera, advirtió entonces el desorden de la tercera, y alzándose entonces de puntillas, gritó a los que ejecutaban la singular maniobra que hemos descrito:

—¡ Formen filas! ¡formen filas!

A cuya doble recomendación, hecha en tono que sin embargo no admitía réplica, respondieron con voz unánime los requeridos y luego todo el batallón:

—¡ Fuera mulatos! ¡no queremos mulatos con nosotros!

El oficial comprendió entonces la causa de aquel desorden, y vió, en el centro de una gran circunferencia, al mulato, que permaneciera arma al hombro, mientras su hijo mayor, encendido de cólera, había retrocedido ya dos pasos para separarse de los que lo repellan.

A tal espectáculo, el jefe de batallón pasó al través de las dos primeras filas, que ante él se abrieron, se encaminó en derechura al insolente que, con ser mulato, se propasara a entretenerse entre los blancos, lo midió de la cabeza a los pies con ojos refulgentes de indignación, y al ver que el mulato continuaba firme e inmóvil como un poste, le dijo:

—Y bien, señor Pedro Munier, ¿no ha oído usted? ¿será preciso que le repitan que no es este su sitio? ¿que no quieren su compañía?

Con sólo bajar su fuerte y robusta mano sobre el gordinflón que así le hablaba, Pedro Munier lo habría achuchado; pero no, callóse como un muerto, levantó la cabeza con gesto desfavorido, y, al cruzarse su mirada con la de su interlocutor, la desvió corrido, lo cual aumentó la ira y el orgullo del jefe de batallón, que empujándolo con la palma de la mano, añadió:

—Hable usted: ¿qué hace usted aquí?

—Señor de Malmedie—respondió Pedro Munier,—esperé que en un día como el de hoy la diferencia de colores desaparecería ante el peligro general.

—¡Ah, esperó usted!—repuso el gordinflón encogiendo los hombros y riéndose burlescamente.—¿Me hace usted el favor de decirme qué le ha dado tal esperanza?

—El deseo que me anima de hacerme matar, si es preciso, para salvar a nuestra isla.

—¡Nuestra isla!—murmuró el jefe de batallón.

—¡Hombre! esa gente se figura que, en el mero hecho de tener plantaciones como nosotros, la isla es suya.

—Ya yo sé que no es más nuestra que de ustedes los señores blancos—respondió Munier con timidez;—pero si nos paramos en tales menudencias en el momento de la lucha, dentro de poco no será de ustedes ni nuestra.

—¡Basta!—exclamó el jefe de batallón dando una patada en tierra para imponer silencio al respondón con el ademán y con la voz.—¿Está usted alistado en la milicia nacional?

—Ya sabe usted que no—respondió Munier,—pues usted mismo se negó a admitirme cuando al efecto me presenté.

—¿Qué pide usted pues?

—Seguir a ustedes como voluntario.

—No puede ser.

—¿Por qué? ¡Ah! si usted lo quisiese, señor de Malmedie...

—No puede ser—repitió el jefe de batallón irguiéndose.—Estos caballeros que están a mis órdenes no quieren mulatos con ellos.

—¡Fuera mulatos! ¡fuera mulatos!—gritaron a una los milicianos nacionales.

—¿Así pues no podré pelear, caballero?—dijo Pedro Munier dejando caer con desaliento los brazos y conteniendo a duras penas las gruesas lágrimas que rehilaban en sus pestañas.

—Forme usted un cuerpo con la gente de color y póngase a su cabeza, o incorpórese a aquel destacamento de negros que va a seguirnos.

—Pero...—susurró Pedro Munier.

—Le ordeno que se aparte usted del batallón—dijo Malmedie engallándose.

—Venga usted, padre, venga usted, y deje a esas gentes que le insultan—profirió una vozcita trémula de cólera, al tiempo que Munier retrocedía un paso obedeciendo al poderoso impulso de quien tiraba de él.

—Tienes razón, Jacobo—dijo el mulato,—vámonos, te sigo.

—No es Jacobo, padre, sino yo, Jorge—repuso el niño.

Munier volvió el rostro, y lleno de sorpresa al ver que efectivamente Jorge se había bajado de los brazos del negro para darle aquella lección de dignidad, agobió la cabeza y exhaló un profundo suspiro.

Interin, los milicianos rehicieron sus filas, y con Malmedie otra vez al frente de la primera, emprendieron la marcha a paso ligero.

Pedro Munier se quedó solo entre sus dos hijos, uno de los cuales estaba encendido como el fuego, y el otro pálido como la muerte, y después de haber lanzado una mirada a la rojez de Jacobo y a la palidez de Jorge y cual si aquel bochorno y esta palidez hubiesen sido para él un reproche, dijo:

—¡Qué queréis, hijos míos! es así.

Para Jacobo, indolente y filósofo, es indudable que el primer arranque fué un martirio; pero la reflexión no tardó en venir en su ayuda, y con la reflexión el consuelo.

—¡Bah!—respondió el muchacho a su padre tocando las castañuelas con los dedos,—en resumidas cuentas ¿qué nos importa que aquel gordinflón nos desprecie? Estamos más ricos que él, ¿no es verdad, padre?—Y mirando con el rabillo del ojo a su hermano, añadió:—Como encuentre a solas a su hijo Enrique, le doy una paliza que se va a acordar de ella toda su vida.

—¡Mi querido Jacobo!—profirió Pedro Munier, agradeciendo a su hijo mayor el que en cierta manera hubiese suavizado su bochorno con su indolencia. Luego se volvió hacia Jorge para ver si éste tomaría el asunto con tanta filosofía como su hermano; pero no, el niño permaneció impasible; el mulato sólo pudo sorprender en la fisonomía de su segundo hijo una casi imperceptible sonrisa, tan llena, empero, de desdén y compasión, que, así como a las veces respondemos a palabras que no nos han dirigido, Pedro respondió a aquella sonrisa:—Pero bien ¿qué querías tú que yo hiciese?

Y pábulo de esa vaga inquietud que uno no se atreve a confesarse a sí mismo, y que, sin embargo, turba el espíritu cuando se espera de un inferior a quien sin saber por qué se teme,

la apreciación de un hecho consumado, Pedro Munier aguardó la contestación del niño.

Jorge, por toda respuesta, volvió la cabeza hacia lo último de la plaza, y dijo:

—Padre, aquellos negros esperan un jefe.

—¡Toma! dices bien—profirió alegremente Jacobo, ya consolado de su humillación por la conciencia de su fuerza, y haciendo inadvertidamente el mismo raciocinio que César: Más vale mandar a esos que obedecer a aquellos.

Pedro Munier cedió al consejo de su hijo menor y al impulso impreso por el otro, y adelantóse hacia los negros, que estaban discutiendo sobre el jefe que elegirían, y que, apenas divisaron a aquel a quien todo hombre de color respetaba en la isla al igual que un padre, se agruparon en torno de él como si hubiera sido su jefe natural, y le incitaron a que los llevase a la pelea. Entonces se operó un cambio notable en aquel hombre: libre del sentimiento de su inferioridad, invencible para él en presencia de los blancos, y, recobrando el concepto de su valer personal, irguió el agobiado cuerpo, despidió llamas por los ojos, tan humildemente bajos o vagarosos delante de Malmedie, su voz, trémula poco hacía, tomó una firmeza terrible, y, terciándose su carabina con ademán lleno de noble energía, tiró de su sable, tendió su nervudo brazo hacia el enemigo, y gritó a la vez: «¡Adelante!» Luego lanzó una postrera mirada a su hijo menor, del que nuevamente se había hecho cargo el negro de la blusa azul, y que, henchido de orgullosa alegría, palmoteaba, y desapareció con su negra escolta tras la esquina de la misma calle por la cual acababan de desaparecer la tropa de línea y los milicianos nacionales, gritando por última vez al negro de la blusa azul:

—¡Telémaco! ¡vela por mi hijo!

La línea de defensa estaba dividida en tres partes: la de la izquierda la componía el baluarte Fanfarrón, a orillas del mar y armado de diez y ocho cañones; el centro lo formaba la trinchera propiamente dicha, defendida por veinticuatro piezas, y la derecha la constituía la batería de Dumas, protegida únicamente por seis bocas de fuego.

El enemigo, vencedor, después de haber avanzado en tres columnas sobre los tres puntos indicados, desistió del ataque de los dos primeros, de los cuales conoció la fuerza, para revolverse contra el tercero, no sólo el más débil, más también defendido únicamente por artilleros de la milicia; ello no obstante, contra lo que era de esperar, a vista de la compacta mole que contra la batería se avanzaba con la terrible regularidad de la disciplina inglesa, aquella belicosa juventud, en vez de intimidarse, voló a sus puestos, maniobrando con la presteza y pericia de veteranos, y haciendo un fuego tan nutrido y certero, que el enemigo creyó haberse engañado respecto a la fuerza de la batería y a los hombres que la servían; pero no por esto dejó de avanzar, pues cuanto más mortífera era la batería, más urgía apagar sus fuegos. Pero entonces la maldita se atufó de veras, y, semejante a un prestidigitador que hace olvidar una habilidad increíble con otra habilidad todavía mayor, redobló sus cañonazos vomitando balas rasas y metralla con tal rapidez, que en las filas enemigas empezó a cundir el desorden. Además, como los ingleses habían llegado a tiro de fusil, al fuego de los cañones se agregó el de la fusilería, tan mortífero, que los asaltantes, al ver que las balas barrían sus filas, llenos de pismo ante aque-

lla resistencia tan enérgica como inesperada, cesaron y retrocedieron.

Entonces y por orden del capitán general, la tropa de línea y el batallón de milicianos, que se replegaron sobre el punto amenazado, la una a la derecha, y a la izquierda el otro, avanzaron a la bayoneta y al paso de carga sobre los flancos del enemigo, mientras la formidable batería continuaba exterminándolo de frente. La tropa de línea, maniobrando con la precisión que le era habitual, arremetió a los ingleses, abrió brecha en sus filas y redobló el desorden que ya en ellas reinaba. En cuanto al batallón de la milicia nacional, mandado por Malmedie, ora porque se hubiese dejado llevar en alas de su valor, o porque no hubiese ejecutado satisfactoriamente el movimiento ordenado, en vez de caer sobre el flanco izquierdo y de maniobrar paralelamente con la tropa de línea, chocó de frente con los ingleses. La batería vióse, pues, obligada a cesar el fuego, y como precisamente el fuego de la batería era lo que intimidaba al enemigo, éste, que desde aquel instante sólo tenía que habérselas con un número de hombres inferior a él, se rehizo y se abalanzó a los milicianos, los cuales, en su pro sea dicho, sostuvieron el choque sin retroceder un paso. Con todo eso aquellos valientes, colocados entre un enemigo más disciplinado y diez veces superior en número, y la batería a la cual obligaban al silencio para no acabar con ellos, no podían oponer una resistencia prolongada, y empezaron a cesar en vista de las numerosas bajas que padecían. La izquierda inglesa, a no tardar, hizo una hábil maniobra y rebasó la derecha de los milicianos, que en peligro de verse copados y demasiadamente inexpertos para oponer el cuadro al número, todos

30059
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

los tuvieron por perdidos. Con efecto, los ingleses continuaban su movimiento progresivo, y, semejantes al flujo del mar, iban a envolver con sus olas aquella isla de hombres, cuando de improviso resonaron a retaguardia del enemigo los gritos de «¡Francia! ¡Francia!» seguidos de un espantable fuego de fusilería al que sucedió un silencio todavía más sombrío y terrible. Por las últimas filas del enemigo corrió una extraña ondulación que llegó hasta las filas primeras; los uniformes rojos se agobiaron al empuje de una vigorosa carga a la bayoneta, como las espigas maduras bajo la hoz del segador; a la vez se veían ellos envueltos; a la vez tenían que hacer cara a derecha, a izquierda y de frente. Pero el refuerzo que acababa de llegar no les daba punto de reposo, cargaba incesantemente, de modo que diez minutos después se hubo abierto paso, al través de un sangriento boquete, hasta el comprometido batallón, salvándolo de un desastre. Cumplido el fin que se propusieran, replegaron los recién llegados, maniobraron hacia la izquierda describiendo una circunferencia, y de nuevo y por el flanco embistieron al enemigo. Malmedie, calcando instintivamente la misma maniobra, dió un impulso igual a su batallón, y la batería, ya en libertad de acción, sin demora se inflamó otra vez, ayudando los esfuerzos de aquel triple ataque con oleadas de metralla. Desde aquel punto la victoria se decidió por los franceses.

Malmedie, al verse fuera de peligro, volvió los ojos hacia sus libertadores, a quienes ya entreviera, pero a los cuales no se había resuelto a conocer por lo que lo humillaba el deber su salvación a tales hombres. En efecto, los salvadores del batallón de milicianos eran aquellos negros tan menospreciados que lo siguieran en su

marcha y que tan a tiempo se le unieran en el combate, y al frente de los cuales iba Pedro Munier; Pedro Munier, quien, al ver que los ingleses, al envolver a Malmedie, le presentaban la espalda, los atacó con sus trescientos negros por la retaguardia y los arrolló; Pedro Munier, que, después de haber combinado aquella maniobra con el genio de un general, la había ejecutado con el valor de un soldado, y que hallándose nuevamente ahora en un terreno en que ya sólo había de temer la muerte, peleaba a la cabeza de todos, irguiéndose cuan alto era, despidiendo llamas por los ojos, con las narices dilatadas, al aire la cabeza, sueltos los cabellos, entusiasta, temerario, sublime. En una palabra, era Pedro Munier, cuya voz se alzaba de tiempo en tiempo en medio de la refriega, dominando aquel infernal ruido para clamar: «¡Adelante!» Y efectivamente, al seguirlo, seguían todos avanzando e introduciendo cada vez más el desorden en las filas inglesas. En esto resonó nuevamente la voz de Munier, que gritó: «¡Compañeros! ¡a la bandera! ¡a la bandera!» Tras estas palabras el mulato arremetió contra un grupo de ingleses, cayó, volvió a levantarse, penetró en las filas enemigas, y a poco reapareció con las ropas hechas jirones y ensangrentada la frente, pero empuñando la bandera.

En aquel momento, el general, temeroso de que los vencedores, de avanzar en demasía en persecución de los ingleses, no cayesen en una emboscada, ordenó la retirada. La tropa de línea fué la que primero obedeció, trayendo los prisioneros; luego se replegaron los milicianos, conduciendo sus muertos, y los negros voluntarios cerraron la marcha, rodeando su bandera.

La ciudad en peso había volado al puerto, don-

de la muchedumbre se apiñaba y estrujaba para ver a los vencedores, pues en su ignorancia, los habitantes de Puerto Luis dábanse a entender que los franceses habían tenido que habérselas con todo el ejército enemigo, y esperaban que los ingleses, tan vigorosamente repelidos, no volverían a la carga; así es que acogían con frenéticos vivas a los cuerpos a compás que éstos iban desfilando, y, fuera de sí, todos sentían el fuego del orgullo y se tenían individualmente por vencedores. Y es que una dicha inesperada hincha el corazón, y una ventaja imprevista trastorna el entendimiento; ahora bien, los habitantes de Puerto Luis esperaban la resistencia, pero no la victoria, y cuando vieron ésta tan completa, hombres, mujeres, ancianos y niños juraron unánimes trabajar en las trincheras y, llegado el caso, morir en su defensa.

Excelentes promesas que cada cual hacía con la intención de cumplirlas, pero que ni de mucho equivalían a la llegada de un regimiento, de haber podido llegar uno de refuerzo. Pero en medio de aquella ovación general, lo que más atraía la mirada eran la bandera inglesa y quien la había conquistado. Pedro Munier y su trofeo eran objeto de incesantes exclamaciones de asombro, a las cuales los negros respondían con bravatas, mientras su jefe, otra vez el mulato humilde que conocemos, contestaba con tímida civilidad a las preguntas que uno y otro le dirigían. En pie y junto al vencedor y apoyado en su escopeta de dos cañones, que no permaneciera muda en la acción y cuya bayoneta estaba teñida en sangre, Jacobo erguía con altivez su serena frente, mientras Jorge, que se había escapado de las manos de Telémaco y reunióse en el puerto a su padre, apretaba convulsivamente la robusta mano de

éste y hacía inútiles esfuerzos por refrenar las lágrimas de alegría que le saltaban de los ojos. A pocos pasos de Munier estaba Malmedie, no rizado y de veinticinco alfileres como en el momento de la partida, sino con la corbata y la chorrera desgarradas y cubierto de sudor y de polvo: también a él lo rodeaba y felicitaba su familia; pero tales felicitaciones eran las que se dirigen al hombre que acaba de escapar de un peligro, no la alabanza que se prodiga a un vencedor. Así es que en medio de aquel concierto de enternecedoras inquietudes, estaba Malmedie como corrido, y para conservar la serenidad, preguntaba a grandes voces qué había sido de su hijo Enrique y de su negro Bijou, los cuales se abrieron paso entre la muchedumbre para arrojarle el primero en brazos de su padre, y el segundo para felicitar a su señor. En esto avisaron a Pedro Munier que un negro que había peleado a sus órdenes y quedado herido de muerte, y al cual lo llevaron a una casa del puerto, conociendo que iba a expirar, solicitaba verlo. Munier miró a una y otra parte en busca de Jacobo para confiarle su bandera; pero Jacobo, que había encontrado a su amigo el perro malgacho, que, como los demás, también viniera para darle la enhorabuena, había dejado en tierra su escopeta, y, tornando a ser niño, jugaba con el perro a unos cincuenta pasos de distancia. Jorge, al ver el apuro de su padre, tendió la mano diciendo:

—Démela usted a mí, y yo la guardaré.

Munier se sonrió, y como supuso que persona alguna se atrevería a tocar el glorioso trofeo sobre el cual sólo él tenía derechos, dió un beso a su hijo en la frente, le entregó la bandera, que el niño apenas si pudo mantenerla derecha apretándola con ambas manos sobre su pecho, y voló

a la casa donde reclamaba su presencia la agonía de uno de sus valientes voluntarios. Jorge se quedó solo, pero conociendo instintivamente que no por eso estaba aislado: la gloria de su padre velaba sobre él, y, con los ojos chispeantes de orgullo, miró a la muchedumbre que lo rodeaba; sus ojos, empero, al tropezar con los del niño del cuello de camisa festoneado, cobraron una expresión de desdén. El hijo de Malmedie, por su parte, contemplaba con envidia a Jorge, e indudablemente se preguntaba a sí mismo por qué su padre no había cogido también una bandera; y tal interrogación lo llevó como por la mano a decirse que pues no tenía una bandera suya, con apoderarse de la de otro estaba al cabo. Enrique llegó, pues, con ademán altanero a Jorge, el cual, con ver la intención hostil del hijo de Malmedie, no retrocedió ni un paso.

—Dame eso—dijo Enrique al niño.

—¿Qué es eso?—preguntó Jorge.

—Esa bandera—respondió Enrique.

—Esta bandera no es tuya, sino de mi padre.

—¿Y a mí qué? La quiero y se acabó.

—Pues no la tendrás.

Enrique alargó entonces la mano para coger el asta de la bandera, demostración a la cual Jorge sólo respondió mordiéndose los labios, poniéndose más pálido que no solía estarlo y haciéndose un paso atrás; todo lo cual no hizo sino alentar a Enrique, quien, como todos los niños mimados, creía que bastaba querer para poseer. Enrique se avanzó, pues, dos pasos, y ahora tomó tan bien la medida, que empuñó el asta y se echó a gritar con toda la fuerza de su cólera de muchacho:

—Te digo que quiero esta.

—Pues yo te digo que no lo conseguirás—repitió Jorge repeliéndolo con una mano, mientras

con la otra continuaba apretando contra su pecho la bandera conquistada.

—¡Ah! mulato maldito, ¿te atreves a tocarme?—chilló Enrique.—Ahora vas a ver.

Y desenvainando su pequeño sable antes que Jorge hubiese tenido tiempo de ponerse en defensa, lo descargó con toda su fuerza en la frente del niño, abriéndole una herida de la que manó sangre en abundancia.

—¡Cobarde!—dijo fríamente Jorge.

Exasperado por este insulto, iba Enrique a redoblar sus golpes, cuando Jacobo se puso de un salto junto a su hermano, de un soberbio mogicón hizo rodar al agresor a diez pasos de distancia, y abalanzándose al sable que éste soltara al caer, lo rompió en tres o cuatro pedazos, escupió en ellos y se los arrojó a la cara.

Ahora fué el niño de bordado cuello el que sintió el rostro inundado por la sangre; pero no de resultas de un sablazo, sino de un mogicón.

Cuanto acabamos de referir pasó con tal rapidez, que ni Malmedie, que, como va dicho, se hallaba a poco trecho de allí ocupado en recibir las felicitaciones de su familia, ni Pedro Munier, que salía de la casa donde el negro acababa de expirar, tuvieron tiempo de evitarlo; asistieron solamente a la catástrofe, y acudieron los dos a una: Munier, jadeante, opreso, tembloroso; Malmedie, encendido de ira y sofocado por el orgullo.

Los dos se encontraron delante de Jorge.

—¿Ha visto usted lo que acaba de pasar?—preguntó Malmedie con voz ahogada.

—Sí, lo he visto, señor de Malmedie—respondió Munier;—pero puede usted estar persuadido de que a haber estado yo presente no habría pasado.

—Bueno, pero el caso es que el hijo de usted

ha puesto la mano en el mío—auulló Malmedie.— ¡Cómo! ¡el hijo de un mulato tener la audacia de pegar al hijo de un blanco!

—Señor de Malmedie, siento en el alma lo que acaba de pasar—tartamudeó el pobre padre,—y pido a usted humildemente mil perdones.

—Mil perdones, mil perdones—repuso el orgulloso colono atiesándose conforme su interlocutor iba humillándose.—¿Y usted cree que con eso hay bastante?

—¿Qué más puedo hacer, señor?—profirió Munier.

—¿Qué puede usted hacer?—dijo Malmedie, apurado a la vez para puntualizar la satisfacción que deseaba obtener;—puede usted mandar que azoten al miserable que ha puesto las manos en mi Enrique.

—¡Hacerme azotar a mí!—exclamó Jacobo recogiendo su escopeta de dos cañones y tornando a ser hombre.—Ea, venga usted a azotarme, señor de Malmedie.

—Cállate, Jacobo; cállate, hijo mío—profirió Pedro Munier.

—Usted perdone, padre—replicó Jacobo,—pero la razón está de mi parte, y no me callo. El señorito Enrique ha dado un sablazo a mi hermano, sin qué ni para qué, y yo he propinado un mógicón al señorito Enrique. Ya usted ve, pues, que la razón me asiste.

—¿Un sablazo a mi hijo? ¿un sablazo a Jorge?—exclamó Munier abalanzándose a su hijo.—Jorge, querido hijo mío, ¿es cierto que estás herido?

—No es nada, padre—respondió el niño.

—¡Cómo! ¡dices que no es nada y tienes la frente hendida!—profirió Pedro Munier, el cual, volviéndose hacia Malmedie, añadió:—Vea usted,

Jacobo tenía razón; el hijo de usted por poco mata al mío.

Como no había manera de resistir a la evidencia, Malmedie se volvió hacia su hijo y le preguntó:

—Vamos a ver: ¿cómo ha pasado eso?

—Papá—respondió Enrique,—no me tengo yo la culpa, quise la bandera para llevártela, y ese pillo se ha negado a dármea.

—¿Y por qué te has negado a dar la bandera a mi hijo, tunante?—preguntó Malmedie a Jorge.

—Porque esta bandera no es de usted, ni de su hijo, ni de nadie, sino de mi padre—respondió el niño.

—¿Qué más ha pasado?—preguntó Malmedie interrogando nuevamente a Enrique.

—Al ver que no quería darme la bandera, he intentado quitársela, y entonces este bruto me ha dado un mógicón.

—¿Esto es lo que ha pasado?

—Sí, padre.

—¡Miente!—exclamó Jacobo,—hasta que he visto manar la sangre de mi hermano no he puesto la mano en el señorito; de lo contrario no habría hecho yo lo que he hecho.

—¡Cállate, bribón!—prorrumpió Malmedie. Y llegando a Jorge, añadió:—Dame esa bandera.

Jorge, en vez de obedecer, retrocedió otro paso, apretando con todas sus fuerzas la bandera contra su pecho.

—¡Dame esa bandera!—repitió Malmedie con acento de amenaza indicativo de que, si no estaba en el derecho que se abrogaba, iba a entregarse a la violencia.

—Pero, señor...—susurró Pedro Munier,—esa bandera se la he tomado yo a los ingleses.

—Ya lo sé—replicó Malmedie;—pero no se

dirá que un mulato se las ha tenido impunemente tiesas con un hombre como yo. Venga esa bandera.

—Sin embargo...

—Venga esa bandera, lo ordeno; obedezca usted a su jefe.

A Pedro Munier no dejó de ocurrírsele que podía decir a Malmedie que mal podía ser su jefe quien no lo había admitido como soldado; pero las palabras le expiraron en los labios, y su humildad consuetudinaria se sobrepuso a su valor. Suspiró pues, y aunque repugnándole obedecer una orden tan injusta, quitó la bandera a Jorge, que cesó de resistir, y la puso en manos del jefe de batallón, que se alejó con el robado trofeo.

Es increíble, insólito, triste el ver a un hombre tan pujante, tan enérgico, tan caracterizado ceder sin resistencia a otro hombre vulgar, cobarde, mezquino, común y tan sin mérito. Pero era así; y lo más extraordinario es que cuantos presenciaron lo que expuesto dejamos, no se admiraron poco ni mucho; pues en circunstancias si no parecidas equivalentes, eso sucedía todos los días en las colonias. Así pues, Pedro Munier, acostumbrado desde su niñez a respetar a los blancos como hombres de raza superior, dejóse toda su vida atropellar por aquella aristocracia de cutis ante la cual acababa de ceder una vez más sin ni siquiera intentar la más leve resistencia. ¡Cuántos héroes yerguen la cabeza delante de los cañones, y doblan la rodilla ante una preocupación! El león ataca al hombre, imagen terrenal de Dios, y, según dicen, huye aterrorizado al oír el canto del gallo.

Jorge, que al ver manar su sangre no derramara una sola lágrima, rompió en sollozos al hallarse con las manos vacías ante su padre, el cual

lo miraba con tristeza sin ni siquiera intentar consolarlo; en cuanto a Jacobo, roíase de cólera los puños y juraba vengarse tarde o temprano de Enrique, de Malmedie y de todos los blancos.

No diez minutos después de los hechos que acabamos de relatar, llegó un mensajero cubierto de polvo, anunciando que por las llanuras de Williams y el Riachuelo, bajaban diez mil ingleses, y casi al mismo punto la vigía del morro de la Descubierta señalaba la llegada de una nueva escuadra que surgió en la bahía del Río Grande y desembarcó cinco mil hombres en la costa. Esto sin contar que el cuerpo de ejército rechazado por la mañana se había replegado en la margen del río de las Latánias y estaba presto a atacar nuevamente a Puerto Luis en combinación con los otros dos cuerpos invasores que avanzaban, el uno por la ensenada de Courtois, y el otro por el Reducto. No era posible resistir a tales fuerzas; así pues el capitán general respondió a los pocos desesperados que recordando el juramento que de vencer o morir hicieran por la mañana, pedían la lucha, licenciando la milicia nacional y los voluntarios, y declarando que, provisto de plenos poderes de Su Majestad el emperador Napoleón iba a pactar con los ingleses la rendición de la ciudad.

Únicamente los insensatos podían combatir tal determinación, impuesta por las circunstancias, pues nada menos rodeaban a cuatro mil hombres escasos veinticinco mil; así pues y en obediencia al mandamiento del capitán general, cada cual se retiró a su casa, dejando el cuidado de la ciudad a la tropa de línea.

En la noche del 2 al 3 de Diciembre acordóse y firmóse la capitulación; a las cinco de la mañana fué ratificada y canjeada; el mismo día el

enemigo ocupó las líneas, y al siguiente se posesionó de la ciudad y la rada.

Ocho días después, la escuadra francesa prisionera salió del puerto a velas desplegadas, llevando a bordo la guarnición, semejante a una pobre familia arrojada del hogar paterno.

La muchedumbre permaneció en el muelle en tanto pudo divisar la bandera francesa, y cuando la última fragata hubo desaparecido, cada cual se retiró sombrío y silencioso, no quedando en el puerto más que dos hombres: el mulato Pedro Munier y el negro Telémaco.

—Si el señor Munier quiere subirse a la montaña—dijo el negro,—todavía podremos ver a los señoritos Jacobo y Jorge.

—Tienes razón, mi buen Telémaco—profririó Munier,—y si no a ellos, a lo menos veremos la nave que se los lleva.

Pedro Munier echó a andar con la ligereza de un mozo, y en un instante trepó el morro de la Descubierta, desde la cúspide del cual pudo hasta la tardecica seguir con los ojos, no a sus hijos, pues la distancia era excesiva para que le fuese permitido divisarlos, sino a la fragata *Belona*, a bordo de la cual aquéllos se habían embarcado.

Efectivamente, Pedro Munier, aunque con dolor de su alma, había resuelto separarse de sus hijos y enviarlos a Francia bajo la protección del bravo general Decaén. Jacobo y Jorge, pues, acababan de partir para París, recomendados a dos o tres de los más ricos comerciantes de la capital, con quienes Pedro Munier estaba en relaciones mercantiles hacía largo tiempo. El pretexto de la partida de ambos niños fué su educación; la causa real de su ausencia el odio patente que Malmedie demostró a los dos desde el día del episodio de la bandera, odio que hacía estremecer

al desventurado padre y le hacía temer que, dado el carácter de aquéllos, de él fuesen víctimas tarde o temprano.

En cuanto a Enrique, su madre lo quería demasiado para separarse de él. Por otra parte, ¿qué más necesitaba saber el muchacho sino que todo hombre de color había nacido para respetarlo y obedecerlo?

Y esto, como hemos visto, Enrique ya lo sabía.

IV

CATORCE AÑOS DESPUÉS

Para la isla de Francia es día de fiesta el en que la vigía señala la presencia de un buque europeo que hace rumbo al puerto. Y es que privados largos años hace de la presencia maternal, la mayor parte de los habitantes de la colonia esperan con impaciencia nuevas de los pueblos, de las familias o de los hombres de ultramar; todos y cada uno esperan algo, y fijan, en cuanto lo divisan, los ojos en el mensajero marítimo que les trae carta de un amigo, o el retrato de una amiga, o personalmente la amiga o el amigo.

Porque aquella nave, objeto de tantos deseos y manantial de tantas esperanzas, es la efímera cadena que une Europa al Africa, es el puente volante echado de un mundo al otro; por eso no hay nueva que cunda más velozmente por toda la isla que esta, que parte de la cúspide del morro de la Descubierta: «Hay buque a la vista». Y decimos de la cúspide del morro de la Descubierta, porque comúnmente la nave, constreñida a buscar